MELUCCI: LA TEORÍA DE LA ACCIÓN COLECTIVA

*Aquiles Chihu Amparán**

Este artículo analiza la **teoría de los movimientos sociales** en Alberto Melucci en varios puntos nodales: su enfoque constructivista, los movimientos sociales como **desafíos simbólicos**, y el proceso de constitución de **identidades colectivas**. En opinión de Melucci, las sociedades complejas se caracterizan por la existencia de nuevas prácticas y tipos de acción en donde el manejo de información es central para su estructuración. En este sentido, **la acción colectiva** se ubica en el ámbito cultural y en un mundo regido por el dominio de la información.

MELUCCI: THEORY OF COLLECTIVE IDENTITIES

This article analyzes Alberto Melucci's **theory of social movements** in several key points: his constructivist approach, his view of social movements as **symbolic challenges**, and the constituing process of **collective identities**. In Mellucci's opinion, complex societies are characterized by the existence of new practices and types of action where in the informational handling is pivotal for its structuration. In this sense, **collective action** locates at the cultural realm as well as in a world ruled by the dominium of information.

MELUCCI: THÉORIE DE L'ACTION COLLECTIVE

Cet article analyse la **théorie des mouvements sociaux** chez Alberto Melucci dans plusieurs points centraux: son approche constructiviste, les mouvements sociaux, sorte de **défis symboliques**, et le processus de constitution d'**identitiés collectives**. D'après Melucci, les sociétés complexes son caractérisées par l'existence de nouvelles pratiques et de nouveaux types d'action où le maniement de l'information est central pour sa structuration. Dans ce sens, **l'action collective** se place dans le milieu culturel et dans un monde reglé par la maîtrise de l'informatiuon.

* Profesor-investigador del Departamento de Sociología de la UAM-I.

Introducción

Las raíces intelectuales de los debates recientes sobre actores sociales se ubican en los años sesenta. Un factor que propició la resurrección del interés por la acción colectiva se encuentra en los movimientos estudiantiles de 1968, ya que demostraron la inadecuación de los dos principales modelos teóricos de interpretación del conflicto social: el modelo estructural-funcionalista y el modelo marxista.

En Estados Unidos, la crítica al estructural-funcionalismo (Parsons, 1951; Merton, 1968; Smelser, 1962) provino de la teoría de la movilización de recursos y de la teoría del proceso político. En Europa, la crítica al marxismo llevó al desarrollo de la perspectiva conocida como «nuevos movimientos sociales».

De acuerdo con la teoría de la movilización de recursos (Oberschall, 1973; Mc Carthy y Zald, 1977), los movimientos colectivos constituyen una extensión de las formas convencionales de acción política. De un modo racional, los actores se comprometen con esta acción persiguiendo sus intereses. Las organizaciones y los líderes del movimiento desempeñan un papel importante en la movilización de los recursos colectivos sobre los cuales se basa la acción. Este enfoque se funda en la evaluación de los costos y beneficios de participación de los movimientos sociales. Desde esta perspectiva, los movimientos son acciones racionales, intencionales y organizadas que derivan de un cálculo de costos y beneficios. La emergencia de la acción colectiva no sólo se explica por las tensiones estructurales o por conflictos ideológicos, sino que es necesario estudiar además las condiciones que posibilitan que el descontento se transforme en movilización. Esta capacidad de movilización depende de los recursos materiales (trabajo, dinero, beneficios concretos, servicios) y de recursos no materiales (autoridad, compromiso moral, fe, amistad) disponibles para el grupo. La atención se centra en la manera en que operan los actores colectivos, en las estrategias que adoptan para adquirir recursos y movilizar el apoyo.

La teoría del proceso político (Tilly, 1969) dirige su atención al medio político e institucional en el que operan los movimientos sociales. El tema central de estudio es la relación entre el movimiento y los actores políticos institucionales. La estructura de las oportunidades políticas, como concepto que define el medio ambiente político e institucional, comprende los siguientes ámbitos: el grado de apertura o cierre del acceso político formal; el grado de estabilidad o inestabilidad; la disponibilidad y la postura estratégica de posibles adeptos; los conflictos políticos entre las élites y en su interior. La meta general de esta perspectiva es observar cuáles características del sistema político influyen en el crecimiento de la acción política.

la atención se centra en la manera en que operan los actores colectivos, en las estrategias que adoptan para adquirir recursos y movilizar el apoyo

Por el contrario, el enfoque de los nuevos movimientos sociales sostiene que el conflicto entre trabajo y capital ha decrecido en importancia en las sociedades avanzadas. De manera que los nuevos movimientos sociales constituyen la expresión de tensiones estructurales muy

diferentes a las que enfrentó la sociedad industrial. Sus principales exponentes son Alan Touraine, Claus Offe y Alberto Melucci; ellos sostienen que los nuevos movimientos sociales constituyen una crítica al orden social y a la democracia representativa, desafiando las formas convencionales de hacer política en nombre de una democracia radical. Los nuevos movimientos sostienen una crítica a la noción de progreso y defienden la autonomía personal frente a las estructuras burocráticas.

Este artículo analiza la perspectiva particular de Alberto Melucci sobre los nuevos movimientos sociales como desafíos simbólicos.

Los movimientos sociales como desafíos simbólicos

En opinión de Melucci, los nuevos movimientos sociales se derivan de la novedad de las sociedades complejas inmersas en una corriente de cambio acelerado, en las que ocurren al menos tres procesos que permiten diferenciarlas de las sociedades capitalistas industriales:

1) Dentro de las sociedades complejas la información se ha convertido en un recurso central. El acceso a la realidad es facilitado y moldeado por la producción consciente y el control de la información. Las formas y las imágenes producidas a través de la percepción y la cognición organizan de manera creciente nuestras relaciones con el medio ambiente material y comunicativo en el que vivimos.
2) Las sociedades complejas se han relacionado de tal forma que por primera vez asistimos a la existencia de un sistema social planetario. Un sistema-mundo completamente interdependiente en el cual nada o nadie es externo a sus límites.
3) Las sociedades complejas producen, mediante su avance, la individualización de la sociedad, en el sentido de que los principales actores dentro del sistema ya no son los grupos definidos por su conciencia de clase, su afiliación religiosa o su etnicidad, sino individuos que luchan por construir una identidad mediante su participación en diferentes formas de acción social (Keane y Mier, 1989:185).

Los movimientos sociales contemporáneos reflejan cuatro rasgos de los procesos sociales que caracterizan a las sociedades complejas:

a) Así como en las sociedades complejas la información se convierte en un recurso central, los movimientos sociales tienden a involucrarse con la información por lo menos en dos sentidos básicos: por un lado, operan como signos, es decir como portadores de información para otros sectores sociales; y por otro, se preocupan por problemas que conciernen a la producción y distribución de la información.

b) Las formas de organización de los movimientos sociales contemporáneos no operan como simples instrumentos para conseguir fines que están colocados más allá de la propia acción colectiva, sino que son, en sí mismas, metas del movimiento social en tanto formas de organización que forman relaciones sociales significativas para los actores.

c) En los movimientos sociales contemporáneos no existe una división clara entre la esfera pública y privada. La acción pública de estos movimientos expresa formas de organización de la vida privada de los actores involucrados.

d) Los movimientos sociales contemporáneos han desarrollado una aguda conciencia del carácter planetario de las sociedades complejas (Keane y Mier, 1989:206).

A diferencia de los movimientos sociales tradicionales situados en la esfera de la producción económica de corte estratégico obrero-sindical, los nuevos movimientos sociales surgen involucrando a una gran variedad de actores sociales movilizados en relación con una serie de problemas de la sociedad contemporánea: el feminismo, el pacifismo, la defensa de los derechos humanos, las minorías sexuales, las comunidades eclesiales de base, la defensa de los derechos comunitarios.

Los movimientos tradicionales reivindicativos, políticos y de clase son el ejemplo clásico mediante el cual Melucci nos deja ver su idea de que un movimiento es mutable y cambiante. En sus planteamientos subyace la crítica hacia la hipótesis de la existencia de un sujeto histórico central que es el que realiza el movimiento anticapitalista. Esta idea parte de la premisa de la existencia de una lógica de las relaciones sociales fundada en la estructura económica que dotaba de sentido a la práctica social de los actores en los demás campos de actividad. En opinión de Melucci la sociedad compleja da lugar a una autonomía de los distintos campos de actividad social, este rasgo a su vez da lugar a una creciente politización de lo social y a una multiplicación de los conflictos sociales. De esta manera no existe un sujeto único sino una multiplicidad de sujetos colectivos cuya característica más sobresaliente es el cambio de su terreno de acción, el cual se desplaza del terreno político al terreno cultural. A la vez se combina con un tipo de movimiento social orientado a la acción política cuyo objetivo apunta a modificar la sociedad, intentando modificar el poder político con un tipo de movimiento social cuyas actividades se desarrollan en el terreno cultural, buscando modificar la mentalidad y el comportamiento de los individuos.

En el interior de los nuevos movimientos sociales, los actores no se identifican en función de las convencionales divisiones político-ideológicas, o con los términos de códigos socioeconómicos. Más bien se identifican con los intereses concretos del movimiento: interés por un territorio, por espacios de actividad social, condiciones de vida, por la supervivencia de la humanidad.

Para Melucci los nuevos movimientos sociales surgen como una respuesta a las formas complejas de control social y de procesamiento de información. Estos movimientos se originan en sitios de conflicto que no se dan ya en la arena específicamente política, sino que resultan

del desarrollo de la vida cotidiana. Debido al hecho de que la sociedad compleja se caracteriza por la importancia que se le asigna a los flujos de información y a la capacidad de producir símbolos, los nuevos movimientos sociales asumen el papel de mensajes que señalan zonas problemáticas en las relaciones sociales.

Los movimientos sociales contemporáneos no se guían por el modelo estratégico de acción social. Más bien se guían por un modelo *expresivo* de acción social, en donde lo que se busca no son recursos materiales o poder, sino identidad, autonomía y reconocimiento.

para Melucci los nuevos movimientos sociales surgen como una respuesta a las formas complejas de control social y de procesamiento de información

Melucci sostiene que los nuevos movimientos sociales deben ser analizados como generadores de nuevas identidades y estilos de vida. Estos movimientos se caracterizan, ante todo, por ser movimientos identitarios, fundados en la construcción simbólica de identidades. Los estudiosos de los movimientos sociales se han inclinado, en particular, hacia aquellos movimientos orientados estratégicamente; es decir, movimientos que persiguen objetivos políticos tales como el incidir en el aparato político, y en los cuales la acción colectiva es vista de manera instrumental, como un medio para conseguir ciertos objetivos. En cambio, los movimientos identitarios poco se han analizado; aquellos para los cuales la misma acción colectiva se convierte en la realización de una finalidad: mantener y expresar una identidad. De ahí que también se designe como acciones expresivas (o dramáticas), a las formas de acción colectiva que asumen.

A diferencia de la forma de participación que existe en los movimientos sociales tradicionales, la cual se realiza con un marcado carácter instrumental y con objetivos orientados hacia la consecución de metas para el futuro, la participación en los nuevos movimientos sociales es considerada como un fin en sí misma. De manera consciente los nuevos actores buscan en el presente los futuros cambios sociales que desean. Los nuevos actores sociales son errantes «nómadas del presente», no en un viaje con una visión de un futuro orden, sino en un viaje por metas a cumplir en el presente.

De acuerdo con Melucci, los movimientos sociales producen cambios a dos niveles: *a)* producen efectos visibles en las instituciones sociales, *b)* funcionan como signos produciendo desafíos simbólicos.

Por lo que respecta al primer nivel, se pueden distinguir tres tipos de efectos:

1) Los movimientos sociales inician el cambio institucional: redefinen las prácticas organizacionales de las instituciones cuando éstas adoptan las innovaciones organizativas introducidas por esos movimientos.
2) Los movimientos sociales permiten la selección de nuevas élites: del seno de los movimientos sociales surgen individuos que forman las nuevas élites, las cuales se vuelven más receptivas a las demandas y a las formas de acción de los movimientos sociales.

3) Los movimientos sociales producen innovación cultural: los movimientos sociales introducen nuevas formas de comportamiento y de relaciones sociales, que luego se dispersan por el sistema social a través del mercado y de las prácticas de la vida diaria (Melucci, 1989:75).

Sin embargo, el carácter distintivo de los movimientos sociales contemporáneos deriva, según Melucci, del segundo nivel: los movimientos operan como signos, en el sentido de que traducen su acción en desafíos simbólicos que rechazan los códigos culturales dominantes. Ese desafío simbólico se produce de tres formas:

a) Los movimientos sociales son proféticos: la acción de los movimientos anuncia al resto de la sociedad la posibilidad de marcos de significado alternativos; los movimientos anuncian que la racionalidad de los aparatos de poder no es la única posible.
b) Los movimientos sociales son paradójicos: los movimientos sociales revelan la irracionalidad de los códigos culturales dominantes al llevar a la práctica, hasta sus últimas consecuencias, esos códigos culturales.
c) Los movimientos sociales son representaciones: establecen su desafío simbólico a través de técnicas de representación: lenguajes expresivos, teatro, video e imágenes en general (Melucci, 1989:76).

Redes subterráneas

En la medida en que los movimientos sociales se estructuran en una red subterránea e informal de actores, Melucci indica que resulta más apropiado hablar de «redes en movimiento» o «áreas en movimiento».

Las redes de relaciones sociales funcionan, según Melucci, como laboratorios culturales, en el sentido de que dentro de ellas los actores experimentan con nuevos códigos culturales, con nuevas formas de relación y con nuevas formas de percepción y de significación de la realidad (Melucci, 1989:60). En las redes subterráneas (que forman las áreas en movimiento) se ponen en práctica formas para organizar la vida social mediante códigos culturales alternativos.

Los grupos sociales, inmersos en las redes subterráneas, pueden llegar a confrontar de manera visible a una autoridad política cuando el desarrollo de las formas alternativas de organización social promueve la lucha por algún recurso valioso. Es, en ese momento, en que el movimiento empieza a funcionar como un signo. Cuando los grupos pequeños emergen para confrontar visiblemente a las autoridades políticas, están indicando al resto de la sociedad la existencia de un problema y la posibilidad de alternativas significativas.

La participación en un movimiento social ya no significa un compromiso de tiempo completo para el actor individual, sino que asume una forma intermitente y temporal. Los actores se comprometen y se alejan del movimiento social de una manera más flexible, si lo comparamos con las organizaciones y partidos políticos. Las redes subterráneas permiten esta militancia temporal en dos sentidos. Por

un lado, hacen fácil el desconectarse del movimiento social porque aun si no se participa directamente en las acciones públicas, los actores siguen conectados con el movimiento por su pertenencia a las redes subterráneas. Por otro lado, hacen fácil conectarse al movimiento social porque no existe una separación tajante entre la actividad pública y la vida cotidiana desarrollada en las redes subterráneas. Esto hace que la membrecía de los movimientos sociales contemporáneos sea más heterogénea si la comparamos con movimientos sociales tradicionales.

la participación en un movimiento social ya no significa un compromiso de tiempo completo para el actor individual, sino que asume una forma intermitente y temporal

La importancia de las redes subterráneas en los movimientos sociales contemporáneos, deriva de los nuevos conflictos que se suscitan en las condiciones de las sociedades capitalistas avanzadas, a las que Melucci designa con el término de «sociedades complejas». Para Melucci, las sociedades complejas se caracterizan, sobre todo, por su tendencia hacia la racionalización de todas las áreas de la vida social, entendiendo por ello la subordinación de esas áreas a la lógica del sistema social. Es esta tendencia la que enfrentan los movimientos sociales contemporáneos en las redes subterráneas, en donde se elaboran códigos culturales que desafían a los códigos culturales dominantes.

Debido al hecho de que la sociedad posmoderna se caracteriza por la importancia que se le asigna a los flujos de información y, por lo mismo, a la capacidad de producir símbolos, signos, los nuevos movimientos sociales asumen el papel de mensajes que señalan zonas problemáticas en las relaciones sociales.

El señalamiento anterior sirve para demostrar a otros grupos dominados el rechazo posible a la racionalidad instrumental de la sociedad dominante. El movimiento social expresa la existencia de una voluntad de poder por debajo de los procedimientos administrativos. De esta manera, los movimientos sociales evidencian el carácter socialmente construido de la realidad social y abren la posibilidad de pensar en órdenes sociales alternativos.

Por otra parte, la posibilidad de emergencia de una base social de apoyo a los movimientos sociales deriva del hecho de que la sociedad moderna (debido al debilitamiento que ejerce sobre las identidades tradicionales basadas en la territorialidad comunal) se caracteriza por un desamparo identitario. En consecuencia, los movimientos sociales reciben el apoyo de los actores sociales en la medida en que son capaces de crear un sentido perdurable de identidad colectiva.

El análisis de Melucci sobre los nuevos movimientos sociales conlleva una reflexión sobre la transformación en la noción de poder. Desde su particular punto de vista, el poder deja de situarse en los centros tradicionales (el gobierno, los partidos, los grupos de presión, los grupos económicos), a la vez que adquieren relevancia los pequeños actores sociales. La concepción de poder de Michel Foucault tiende a observar el sistema de manera totalmente controlado a través de la manipulación de centros de poder invisibles que organizan nuestras vidas. Otros autores, inspirados en el realismo político y en el

el análisis de Melucci sobre los nuevos movimientos sociales conlleva una reflexión sobre la transformación en la noción de poder

marxismo, tienden a observar los movimientos sociales contemporáneos como formas de oposición a un centro capitalista de poder que tiene el control a escala mundial. En opinión de Melucci, el problema con estas concepciones radica en el hecho de que si el poder fuera una forma de control total la acción colectiva sería reducida a pura reacción sin tomar en cuenta su potencial. La fábrica y el Estado no son vistos más como los centros exclusivos del poder. Las relaciones de poder devienen cada vez más heterogéneas y menos desnudas y evidentes. La capacidad de la sociedad para organizar la vida y producir desafíos simbólicos en sus miembros se expande desde la fábrica y las oficinas de gobierno hacia aquellas áreas que anteriormente habían escapado a su control. De esta manera los conflictos contemporáneos se concentran más y más en los problemas relacionados con la identidad individual, la democracia y las relaciones entre la sociedad y su ambiente natural.

La concepción de nuevos movimientos sociales implica un cambio social que viene a ser considerado como un proceso que se va definiendo y redefiniendo en la vida cotidiana.

Históricamente, la noción de cambio ha variado de acuerdo con el tipo de sociedad en que se desarrolla. El sentido asignado al cambio varía de acuerdo con la capacidad de la sociedad para intervenir sobre sí misma (para modelarse a sí misma y modelar el medio ambiente circundante). En las sociedades con menos capacidad de intervención sobre sí mismas, el cambio en la sociedad es atribuido, comúnmente, a poderes trascendentes como los dioses. No se concibe que los actores sociales puedan cambiar por sí mismos. En las sociedades industriales el cambio tampoco es atribuido directamente a la acción de los actores sociales. En todo caso, la acción de los actores sociales aparece como un epifenómeno de leyes estructurales. Para Melucci, en las sociedades complejas contemporáneas la noción de cambio ha asumido su pleno significado de cambio social, es decir, de que el cambio es producto de las decisiones hechas por los actores o grupos sociales en procesos complejos de negociación y evaluación de un campo de posibilidades. Es en este ámbito en el que debemos situar un concepto analítico del cambio.

Identidades colectivas

Uno de los problemas fundamentales en la investigación sobre movimientos sociales, es la de explicitar los procesos en su formación, es decir, cómo se forma la acción colectiva y cómo los individuos se involucran en ella. De acuerdo con Melucci, la identidad colectiva es el resultado de un proceso que combina varios elementos:

1) *El potencial de movilización.* Melucci se refiere a los sectores de actores que pueden identificarse con el movimiento social, o al menos con el tipo de demandas que éste sostiene. Para Melucci, este concepto lleva consigo el problema de cómo se producen las

actitudes de los actores que los pueden llevar a identificarse con un movimiento social. Melucci afirma que no puede suponerse únicamente que esas actitudes son el producto mecánico de las condiciones sociales. Debe de introducirse la noción de que esas actitudes son construcciones negociadas por los individuos en un contexto de oportunidades.

2) *Las redes de reclutamiento.* Se refieren al hecho de que los movimientos sociales no surgen de la nada. Más bien tienen sus raíces en redes de relaciones sociales.
3) *La motivación para participar.* Esta motivación no es un fenómeno puramente psicológico fundado en la estructura instintiva de los actores sociales, sino que se construye mediante la interacción (Melucci, 1989:31).

Ahora bien, y de acuerdo con Jean Cohen, lo que caracteriza a los nuevos movimientos sociales es su capacidad de volverse conscientes respecto a la reflexividad que supone la construcción de identidades. Los nuevos movimientos sociales están conscientes de que la identidad es un proceso que implica una disputa sobre la reinterpretación de normas, la creación de nuevos significados y un desafío a la construcción social de los límites entre los dominios de acción públicos, privados y políticos (Cohen, 1985).

El análisis de la identidad colectiva, en el estudio de los movimientos sociales, intenta interrogar sobre los aspectos procesuales mediante los cuales llega a constituirse un movimiento social y permanecer en el tiempo: ¿cómo los actores sociales llegan a formar parte de una colectividad y a reconocerse a sí mismos como parte de ella?

La acción colectiva es el resultado de un proceso que combina tres tipos de elementos: propósitos u orientaciones de los actores sociales; recursos que se encuentran en el campo de acción y que son utilizados por los actores para implementar esos propósitos, y límites que, en términos de un campo de oportunidades, se les presentan a los actores sociales.

La coherencia entre las distintas orientaciones involucrados en la acción colectiva puede definirse como la unidad de un sistema de acción. Con la finalidad de llevar a cabo una acción colectiva, los actores buscan la creación de esa unidad.

Al proceso mediante el cual los actores producen la unidad de un sistema de acción es a lo que Melucci denomina «identidad colectiva». La identidad colectiva sería, entonces, una identificación interactiva y compartida-producida por individuos o grupos, y que se refiere a las orientaciones de la acción y al campo de oportunidades en el cual tiene lugar la acción (Melucci, 1995*a*: 44).

Una dimensión crucial de la identidad radica en el hecho de que la acción colectiva requiere de una inversión emocional, de un sentido en que la pertenencia a la comunidad no está basado únicamente en el cálculo de los costos y beneficios de la acción. Esta dimensión es crucial, porque si los actores al involucrarse en la acción colectiva sólo contemplaran el cálculo del costo-beneficio, la permanencia del movimiento social en el tiempo se vería amenazada. La comunidad emocional provoca que la identidad colectiva se convierta, en sí misma, en algo no negociable.

Consideraciones finales

Alberto Melucci se sitúa, a sí mismo, en el campo de investigación sobre los movimientos sociales, en lo que él denomina un «paradigma escéptico». En general, este paradigma estaría caracterizado por la crítica a las presuposiciones epistemológicas que subyacen en los enfoques tradicionales de investigación sobre movimientos sociales. Por enfoques tradicionales Melucci entiende a los análisis del comportamiento de la multitud como los de Gustave Le Bon, el análisis freudiano de la psicología de masas y las teorías marxistas acerca de la revolución proletaria y de la conciencia de clase.

En la opinión de Melucci, los enfoques tradicionales ofrecen explicaciones simplistas sobre los fenómenos colectivos en dos sentidos:

1) Ofrecen explicaciones simplistas de los procesos de formación de los fenómenos colectivos, asignando a las formas simples de comunicación (imitación, sugestión, contagio) un papel central. Este es, sobre todo, el caso de la psicología de masas y de la sociología del comportamiento colectivo.
2) Se desentienden de los procesos de formación, colocando una relación directa y mecánica entre las estructuras sociales objetivas (como causa) y los fenómenos colectivos (como efecto). Éste sería el caso del marxismo.

De acuerdo con este sociólogo italiano, el presupuesto epistemológico de la unidad ontológica de los fenómenos colectivos ha sido puesto en duda, en primer lugar, por el efecto de los cambios sociales que han ocurrido en las sociedades capitalistas avanzadas. Esto es así porque las condiciones sociales del capitalismo industrial del siglo XIX y de la primera mitad del XX habían ofrecido las bases para los enfoques tradicionales. La acción de la clase trabajadora en la fase del capitalismo industrial sirvió como modelo para el estudio de los fenómenos colectivos (Melucci, 1989*a*:19). El movimiento obrero fue considerado un movimiento unitario y totalizante porque en él se agrupaban cuestiones tanto sociales como económicas y políticas: su resistencia a la disrupción de modos tradicionales de vida en declive, sus demandas por derechos políticos y por extensión a los de la ciudadanía, y su oposición a la dominación capitalista del trabajo y el mercado, se combinaban con el problema de la construcción de la nación y las relaciones de clase en el desarrollo del sistema fabril.

En cambio, en las condiciones sociales actuales ese entrelazamiento de cuestiones ha desaparecido. Las dimensiones sociales, económicas y políticas de los conflictos colectivos se han separado. En las sociedades complejas del presente, los conflictos que afectan a las relaciones sociales dominantes y las luchas por la extensión de la ciudadanía tienden a volverse distintas y a involucrar a componentes diferentes.

El modelo tradicional de análisis de la acción colectiva correspondía a la naturaleza histórica

de los actores, precisamente, tradicionales. Este modelo de acción colectiva en las sociedades complejas ha cambiado debido a que las dimensiones sociales y políticas de los conflictos han cambiado. Los conflictos sociales y los conflictos políticos se han modificado en lo que corresponde a formas de acción y actores. Las luchas feministas constituyen un ejemplo claro de cómo un movimiento combina una demanda política (la inclusión y los derechos de una categoría social excluida) con una lucha social (la afirmación de una diferencia: la femenina, que desafía la lógica patriarcal del sistema). El movimiento feminista ha evidenciado el surgimiento de un nuevo tipo de conflicto social y político. Las mujeres han construido nuevos marcos de significación y definiciones de identidad colectiva. Este movimiento revela un conflicto en relación con los códigos y los lenguajes que norman los principios de las relaciones sociales. De acuerdo con Melucci, esto se origina en el hecho de que el conflicto se desarrolla fundamentalmente sobre un terreno simbólico, desafiando los códigos dominantes. Este desafío simbólico pretende desenmascarar los códigos dominantes (Melucci, 1999:164).

La concepción constructivista nos indica que los movimientos sociales son mejor comprendidos si son considerados como sistemas de acción. De acuerdo con este concepto, las estructuras sociales no producen un efecto mecánico que lleve a la formación de acciones colectivas. Por el contrario, la producción de las acciones colectivas requiere la mediación de las capacidades cognitivas de los actores individuales. En otras palabras, las oportunidades para la ejecución de una acción colectiva no existen por sí mismas sino que deben ser definidas por los actores sociales.

Con ello no se quiere decir que la acción colectiva sea el simple resultado de las creencias y las motivaciones de los actores individuales. Para Melucci, las creencias y las motivaciones de los actores no son productos exclusivamente subjetivos, sino que se forman al interior de un sistema de relaciones sociales.

En Melucci, la noción de movimiento social, como sistema de acción, intenta resolver el dualismo actor y sistema. El fenómeno colectivo es observado como el producto de un conjunto de procesos, orientaciones y elementos estructurales. El sociólogo italiano explica cómo esos elementos unidos forman un actor colectivo. El enfoque constructivista de los movimientos sociales, como sistemas de acción, nos ayuda a comprender este tipo de fenómenos como procesos en los que los actores construyen significados, se comunican y toman decisiones. De esta manera, la acción colectiva no es reducida sólo a un producto de determinantes estructurales.

En Melucci, la acción colectiva es un sistema de acción multipolar que combina diferentes orientaciones e involucra múltiples actores. Los actores producen la acción colectiva porque son capaces de definir su relación con el medio ambiente (otros actores) y con sí mismos. Los actores construyen un campo de identidad que parte de la constitución de un «nosotros» relacionado con tres diferentes clases de orientaciones: aquellas relacionadas con los fines de la acción (los significados que la acción tiene para el actor); los medios (las posibilidades y límites de acción) y las relaciones con el medio ambiente (el campo en el cual tiene lugar la acción).

Para Melucci, los movimientos son construcciones sociales en la medida en que la acción social es construida y activada por actores, quienes recurren a los recursos (limitados) ofrecidos por el medio ambiente dentro del cual interactúan.

Intelectualmente, Melucci se formó en medio del enfrentamiento entre los dos grandes paradigmas de investigación social que dominaban Italia en ese momento: el marxismo y el funcionalismo parsoniano. Insatisfecho con estos enfoques recurrió a otras fuentes, encontrando una respuesta inicial en los escritos de la Escuela de Frankfurt, en especial en los de Jürgen Habermas. No obstante, su experiencia intelectual más relevante fue su doctorado en París, en 1970, bajo la dirección de Alain Touraine en la École Practique des Hautes Études. Lo que más capturó la atención de Melucci fue que el sociólogo francés enfatizara la importancia y la autonomía de la acción social (Keane y Mier, 1989:183).

Otro antecedente de importancia en la carrera intelectual de Melucci fue su segundo doctorado en psicología en la Universidad de París. Este encuentro con la psicología contribuyó a formar su enfoque constructivista. Según Melucci, sus afinidades en el terreno de la psicología lo alejaron del psicoanálisis y sus atribuciones causales acerca del comportamiento individual como algo determinado por el pasado del individuo. Y, en cambio, lo acercaron a los enfoques de la fenomenología, la cual encontraba su centro no en explicaciones causales sino en el actuar de la gente y cómo pueden cambiar sus vidas si así lo desean.

Para este sociólogo, los actores en los movimientos sociales no se encuentran únicamente guiados por un interés objetivo que se deriva de su posición social. Los actores conocen muy bien el significado de sus propias acciones para participar en un movimiento social.

El punto de partida metodológico de Melucci es el de que la realidad social que estudia el analista se encuentra formada en alguna medida por la subjetividad de los actores sociales inmersos en esa realidad. En primer lugar, según afirma Melucci, la experiencia de la psicología lo llevó a interesarse no sólo en las estructuras sociales sino, sobre todo, en cómo los actores individuales se relacionan al interior de esas estructuras. En segundo lugar, lo llevó a interesarse por las dimensiones afectivas de los actores sociales que no son racionales ni irracionales (Timo y Vritzer, 1994).

¿Cuál fue la influencia que tuvo Touraine sobre Melucci?

El enfoque constructivista, que caracteriza el trabajo de Alberto Melucci, encuentra sus fundamentos en Touraine quien estudia a los movimientos sociales en el contexto de una sociedad posindustrial que se caracterizaría por su gran capacidad para actuar sobre sí misma. De esta manera, deviene central la idea de que mediante su acción los actores sociales pueden modificar a la sociedad.

De manera que un rasgo característico que poseen los nuevos movimientos sociales es el de que no apuntan directamente al sistema político sino sobre todo tratan de construir una identidad que les permita actuar sobre sí mismos (producirse a sí mismos) y sobre la sociedad

(producir la sociedad). Touraine parte de una conceptualización de la sociedad posindustrial, en la que predomina como rasgo principal el abandono de las nociones trascendentales que justifican el orden social (Dios, Razón) para dar paso a la autoproducción de la sociedad por sí misma (Touraine, 1995).

Esto significa que la sociedad se produce y reproduce a través de las prácticas sociales que constituyen un sistema de conocimiento y de herramientas técnicas que le permiten actuar sobre sí misma. A este sistema, Touraine lo denomina «historicidad». En consecuencia, una de las luchas fundamentales en las sociedades posindustriales se establece en torno al control sobre la historicidad. Esto enfrenta a dos clases sociales principales, definidas en términos de dominantes y dominados, según sea su posición en un determinado momento de apropiación de la historicidad. Para Touraine, en las sociedades posindustriales la clase dominante la constituyen los tecnócratas, y la clase dominada la constituyen los consumidores-clientes de los productos derivados de las agencias de los dominantes.

Continuando el marco teórico de análisis de Touraine, Melucci utiliza la categoría de sociedad compleja para describir el contexto en que se desarrollan estos movimientos sociales. De acuerdo con este autor, en las sociedades complejas los movimientos sociales desplazan sus objetivos de lo político hacia las necesidades de autorrealización de los actores en su vida cotidiana. De ahí que su programa de investigación intente desentrañar los procesos, las formas y cómo se construye la acción colectiva, así como desentrañar las redes de significado de esos movimientos sociales poniendo el énfasis en sus dimensiones simbólicas.

Bibliografía

Cohen, Jean, «Strategy or identity: New Theoretical Paradigms and Contemporary Social Movements», en *Social Research*, vol. 52, núm. 4, 1985, pp. 663-716.

Chihu, Aquiles, «El análisis cultural de los movimientos sociales», en *Sociológica*, año 15, núm. 42, enero-abril, 2000, pp. 209-230.

Della Porta, Donatella y Mario Diani, *Social Movements: An Introduction*, Oxford, Blackwell Publishers, 1999.

Giménez, Gilberto, «Los movimientos sociales. Problemas teórico-metodológicos», en *Revista Mexicana de Sociología*, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, año LVI, núm. 2, 1994, pp. 3-14.

Ibarra, Pedro y Bejamín Tejerina (ed.), *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*, Trotta, Madrid, 1998.

Keane, John y Paul Mier, «New Perspectives on Social Movements: An Interview with Alberto Melucci», en Alberto Melucci, *Nomads of the Present: Social Movements and Individual Needs in Contemporary Society*, Hutchinson, Londres, 1989, pp. 180-232.

Le Bon, Gustave, *The crowd: a study of the popular mind*, Londres, Ernest Benn, 1952.

McCarthy, John y Mayer Zald, «Resource Movilization and Social Movements: A partial Theory», en *American Journal of Sociology*, vol. 86, núm. 6, 1977.

Melucci, Alberto, «The New Social Movements: A Theoretical Approach», en *Social Science Information*, vol. 19, núm. 2, 1980, pp. 199-226.

————,«The Symbolic Challenge of Contemporary Movements», en *Social Research*, vol. 52, núm. 4, 1985, pp. 789-816.

————, «Getting Involved: Identity and Mobilization in Social Movements», en B. Klandermans, H. Kriesi y S. Tarrow (ed.), *From Structure to Action*, Greenwich, CT:JAI Press, International Social Movement Research, vol. 1, 1988, pp. 329-348.

————, *Nomads of the Present*, Londres, Hutchinson; Filadelfia, Temple University Press, 1989.

————, «¿Qué hay de nuevo en los nuevos movimientos sociales?», en E. Laraña y J. Gusfield (ed.), *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid, CIS, 1994, pp. 119-149.

————, «The Process of Collective Identity», en Hank Johnston & Bert Klandermans (ed.), *Social Movements and Culture*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1995*a*, pp. 41-63.

————, «El conflicto y la regla: movimientos sociales y sistemas políticos», en *Sociológica*, vol. 10, núm. 28, mayo-agosto, 1995*b*, pp. 225-233.

————,*Challenging codes: Collective action in the information age*, Inglaterra, Cambridge University Press, 1996.

————, *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*, México, El Colegio de México, 1999.

Merton, Robert, *Social Theory and Social Structure*, Nueva York, Free, 1968.

Munk, Gerardo, «Algunos problemas conceptuales en el estudio de los movimientos sociales», en *Revista Mexicana de Sociología*, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, año LVII, núm. 3, julio-septiembre, 1995, pp. 17-40.

Oberschall, Anthony, *Social Conflict and Social Movements*, Englewood Cliffs, Prentice Hall, 1973.

Offe, Claus, «New Social Movements: Changing Boundaries of the Political», en *Social Research*, vol. 52, núm. 4, 1985, pp. 817-68.

Parsons, Talcott, *The Social System*, Glencoe, Ill, Free, 1951.

Smelser, Neil, *Theory of Collective Behavior*, Nueva York, Macmillan, 1962.

Touraine, Alain, *Producción de la sociedad*, México, Instituto de Investigaciones Sociales/UNAM/IFAL/Embajada de Francia, 1995.

————,*¿Podremos vivir juntos? La discusión pendiente: el destino del hombre en la aldea global*, México, FCE, 1997.

Tilly, Charles, «Collective Violence in European Perspective», en Graham y Gurr, *Violence in America*, Nueva York, Bantam Books, 1969.